

hasta atrás

Acapantzingo

TEXTO: MÓNICA LAVÍN

Uno puede rozar le memoria de las cosas con los signos de la escritura. Cuando se escribe se convoca un mundo, y una vez asentado, la línea entre lo que verdaderamente era y lo que está en el papel no existe más. Es más, la realidad la ocupa ese nuevo mundo de palabras al que uno vistió de verdad. Todo esto para decir lo que me ocurrió con Acapantzingo, pueblo pegado a Cuernavaca que ahora es parte de la ciudad y que mi memoria infantil congeló en la casa que alguna vez tuvieron mis padres al otro lado del atrio. Visité Acapantzingo de nuevo en un cuento que titulé "El día y la noche". No sé cómo se impuso aquel tiempo en mi tiempo nuevo pero las campanas de la iglesia de San Miguel repiquetearon en una tarde defeña y me llevaron al lado de mis primos y hermana a ese territorio vedado del atrio de la iglesia. Ese atrio que de noche cruzábamos corriendo y por turnos, con un miedo atroz, seguros de que en ese pedazo de tierra contiguo a la iglesia habitaban los fantasmas de los muertos o de perdida La Llorona de quien ya habíamos oído hablar.

No había vuelto a pensar en ese tiempo, ni en la casa, ni en la visita de la prima Elena, la primera niña despuntando adolescencia que apareció con su larga trenza rubia, hasta que las campanas repiquetearon como magdalenas proustianas y volvió el aroma de las flores que cortábamos para llevar a la iglesia con las niñas del pueblo, la forma arriñonada de la alberca azul cielo, el platanar lechoso al fondo y el árbol cargado de zapotes negros que caían despanzurrando su pulpa negra sobre el pasto. Bastó un poco de cuerda para que el mundo aquel donde ensayábamos el paso a la pubertad tomara posesión de la pluma, la página y llenara de alberca el día y de humo de cigarro la noche. Me complacía aquella visita de la memoria, esa invasión de la palabra que me había devuelto el paisaje de aquellos años.

Pero he vuelto realmente, más allá del cuento que me llevó a la casa de la infancia he ido al atrio de San Miguel y me he asomado en la capilla, descubriendo que el arcángel ocupa el altar. He comprobado que el patio es más chico que aquel que desbordaba mi aprehensión y que la tierra no está desnuda y la salpican varios árboles chaparros. Aún guarda su salvaje desnudez y parece que pudiera ser tomado en cualquier momento por las batallas de

moros y cristianos y el enano Margarito que engalanaba los festejos de alguna fecha del año.

He entrado a la casa contigua a la que habité pasajeramente; ahora es restaurante y desde allí, mientras una niña en traje de primera comunión es retratada frente a un platanar (muy similar al que aguijoneábamos con la flecha que lanzaba el arco), yo husmeo los rastros de mis nueve años, el miedo al tlacuache y sus pesquisas nocturnas mientras los padres escuchaban a Stan Getz. Qué clara la casa de la memoria y qué difícil penetrarla desde el muro de al lado; no encuentro mejor manera que la pluma para devolver los tarros de cerveza de los padres, los dedos de abulón en los palillos y la piel dorada de la prima que ya se rasuraba las piernas. En aquellos años, cuando pagábamos a Doña Chana por ver los programas en blanco y negro de la única televisión de la cuadra, no sabía que al otro lado del atrio estaba la casa de campo olvidada de Carlota y Maximiliano. Villa Olindo esperaba a que alguien le restituyera su gloria desvencijada. Ignoraba que esa capilla y ese atrio, cómplices de nuestras noches, hubiesen sido alguna vez propiedad de los emperadores cuando gozaban en la casa grande el clima floral del Valle de Cuauhnáhuac. Ahora reconozco que nos perdimos ese acicate a la imaginación para nuestros juegos y atrevimientos. Olindo, se lee en el folleto alusivo, como el personaje de una obra de Torcuato Tasso.

Suena bien, pero suena mejor Acapantzingo a quien mi memoria de niña iletrada restó la primera "n" y al que ahora revisitado en un recorrido sin ficción devuelve su ortografía original. Aunque bien mirado, esa "n" tan querida por los matemáticos ha subrayado la existencia de dos lugares: Acapantzingo y Acapatzingo. A uno se llega siguiendo el letrero de la carretera, al otro por las campanadas de la memoria. Respiro hondo ante la evidencia de un tiempo que se fue (como se van todos a quién sabe dónde) y me asombro de que persistan las piedras, los árboles y las ventanas tan olvidados de mí.

MÓNICA LAVÍN

Ciudad de México, 1955. Escritora, periodista, guionista, conductora de radio. Ha publicado *La línea de la carretera* y *Despertar los apetitos*, entre otros libros.